

HISTORIOGRAFIA Y MARXISMO (*)

José Manuel Cuenca Toribio

Los tiempos de la pretransición o el postfranquismo estaban muy en sazón para que se librara la última de las batallas en el seno del principal componente de la aleación del modelo cultural progresista-marxista objeto aquí de estudio y pesquisa, pugna con alto contenido filosófico o doctrinal. La áspera controversia levantada en Francia, Reino Unido, Alemania e Italia en torno a las publicaciones revisionistas de L. Althusser y su propuesta de una lectura “actualizada”, a partir del célebre “giro” de 1964, a la luz del material aportado por él no pasó inadvertida en España, singularmente, en Cataluña que volvía a refrendar con ello su indisputable supremacía intelectual y cultural como locomotora ideológica del movimiento comunista en los años finales del franquismo.

Curiosamente, se dio en la batalla una mayor participación de historiadores –a la cabeza, Josep Fontana Lázaro- y otros cultivadores de las disciplinas sociales que de pensadores y filósofos *stricto sensu*. Una de las causas del insólito fenómeno respondió al gran temor albergado por la historiografía marxista del Principado y, con ella, la del resto del país, de que las tesis “liberales” del autor francés “humanizasen” en exceso un ideario para cuyo triunfo en la España de la agonía dictatorial no debía acemarse la radicalidad de sus planteamientos. La firme apuesta por la ruptura revolucionaria, característica del núcleo duro del marxismo intelectual –su propia identidad le haría marginarse sin escándalo de la política de reconciliación nacional propuesta a tambor batiente por las mismas fechas por el comité central del PC- no obstaculizó grandemente, en virtud de la circunstancia antedichas, la línea más oficial comunista, tendente, ante las esperanzas de la toma del poder, incluso en su versión

más devaluada y light, a una conciliación del moderantismo con la vieja ortodoxia. Dilema, como es sabido, perpetuado ya en la democracia, cuando, tras la caída del Muro, el discurso oficial del P.C. se distanció ostensible y estentóreamente –viaje, v. gr., de Carrillo a Norteamérica en olor de la Secretaría de Estado- de la orientación leninista a fin de reforzar su respetabilidad democrática y sus opciones de poder, frente a la consternación de no pocos de sus gurúes intelectuales adictos a la preservación de las viejas esencias del movimiento (1). Alojada en pleno corazón del europeísmo, la pugna referida volvió a poner de relieve el tacticismo a ultranza de las esferas dirigentes del partido, seguido por casi la totalidad de su disciplinada militancia, pero opuesto con igual intensidad a la deriva, en algunos momentos y extremos, casi fundamentalista de sus círculos doctrinales, en particular, los historiográficos de sesgo contemporaneísta. Paradójicamente, para salvaguardar la vía del revisionismo en su propio país, respecto sobre todo a la guerra civil, que tantos réditos mediáticos y políticos le otorgara a maestros y discípulos empeñados en tal empresa, muchos de entre los primeros y la integridad de los segundos se opusieron con firmeza al “revisionismo” althusseriano en la postrera batalla de un credo y un itinerario pródigo en ellas...

Englobada en los términos y contexto mencionados la última de las pugnas de contenido doctrinal del movimiento comunista patrio, en el despegue de los setenta la horquilla bibliográfica marxista en España se extendía entre los libros de Marta Harnecker y Poutlanzas y los de Fontana ante-citados. Previamente a su publicación existían en nuestro país círculos, esferas de notoria cualificación y prestigio intelectuales al tanto de la publicística del materialismo histórico en castellano y lenguas foráneas; después de su aparición, se contó ya con un público. Cambio de indudable importancia porque, entre otras cosas, permitió a las editoriales más connotadas doctrinalmente lanzarse a una verdadera carrera de títulos y

más títulos que respondieran a las premisas del método dialéctico more marxiano, dado que la avidez de los lectores semejaba insaciable. En España y las naciones de su mismo tronco lingüístico esta lectura tenía una peraltada clave política, desconocida o de mucho menor relieve en otras más avanzadas. La subida del allendismo al poder, simultánea casi con la edición de la obra de Harnecker en Santiago de Chile, fue aireada desde el primer momento por la *intelligentzia* hispanoamericana como el alba de un nuevo calendario histórico con validez en todo un continente de regímenes dictatoriales derechistas. La confluencia entre la perla caribeña y el país del cóndor daría lugar a una tenaza cuya ofensiva barrería estados corruptos y títeres del imperialismo yanqui. En su antigua metrópoli, el final del franquismo se aceleraría con la movilización conjunta de obreros y estudiantes en un mismo frente antidictatorial. Destruídos uno tras otro los diques con los que una censura, atacada por un morbo semejante al que corrojera la de índole inquisitorial en el pórtico de la crisis del antiguo régimen, pretendía detener la pleamar de la literatura marxista, sus aguas cubrieron la cultura de las postrimerías del franquismo. El crucial año de “La revolución de los claveles”, con un Pío Cabanillas –antiguo subsecretario de Fraga- a la cabeza del Ministerio de Información y Turismo –hasta el 23 de octubre en que el mismo Franco forzara su dimisión-, lanzado sin frenos a la carrera de la apertura, los sectores más concienciados políticamente y, desde luego, todo el estudiantado a partir de los últimos años del Bachillerato devoraban sin tregua la bibliografía ajustada a los patrones marxistas. Pese a factores “objetivos” como los derivados de la división bipolar del planeta, el peso de un Ejército prácticamente sin fisuras –“los húmedos” no pasaron de la categoría de anécdota- y en conexión permanente con el norteamericano o el mismo “franquismo sociológico”, la ruptura continuaba encandilando como desembocadura del trabajo opositor. Rumbo y roderas se encontraban

marcados e iluminados por esa bibliografía que semejaba no tener término en los agitados días en los que el franquismo ideológico-doctrinal se demolía a ojos vista.

En el universo del materialismo histórico se hizo necesario, en la coyuntura española, extensiva también a una parte de la iberoamericana, seleccionar los temas con mayor repercusión cara a los envites que desafiarían su inmediata convivencia. Abordadas ya en el anterior estadio de efervescencia doctrinal, cuando en la postguerra mundial se atisbara el inmediato dominio por el comunismo de la Europa del Este y de ciertos pueblos afroasiáticos, esas cuestiones se fijaron en los modos de producción –el asiático”, sobre todo- y el desarrollo del capitalismo y en la transición del feudalismo al capitalismo, con la suma de otro tema de singular eco, según se recordara más arriba, en las latitudes hispanas como era el de la existencia o no en ellas de una revolución burguesa (Naturalmente, según hemos tratado in extenso en otras páginas, el lenguaje nunca es inocente en los usos públicos de la historia, y la inflexible omisión hasta las fronteras mismas de hodierno del término “liberal” presuponía una toma de posición apriorística del mayor calado y deturpación).

La anatomía del capitalismo, diseccionada por un historiador del país en el que primero se configurase la revolución industrial, como asimismo la forma más perfeccionada y evolutiva de aquél antes de sus grandes transformaciones en el cruce del XIX al XX, se exponían en toda su complejidad en el libro de Maurice Dobb (1900-76) *Estudios sobre el desarrollo del capitalismo*. Traducido en el mismo año de la aparición del de Fontana, *La quiebra del antiguo régimen en España*, todo lo concerniente a las cuestiones medulares del sistema económico-social al que marxismo combatía para construir sobre sus ruinas el Estado sin clases

y la igualdad universal, quedaba explicitado con la máxima exigencia teórica por el profesor británico. Concluido y dado a la imprenta apenas un semestre después de la en gran parte inesperada y sorprendente victoria electoral del partido laborista, la obra, producto de un estudioso que a los 22 años ingresara en un Partido Comunista al que siempre permaneció fiel, terminaba con un relente escatológico del mejor aroma marxiano: “La visión de un futuro promisorio, una vez que las fuerzas productivas hayan sido puestas por la comunidad al servicio del hombre, ha empezado a encender en los espíritus una fe y una esperanza nuevas. Aun cuando habrá sin duda quienes lo intenten, el reloj no volverá fácilmente hacia atrás, ya sea hacia el capitalismo del siglo XIX o al del decenio de 1930”. (P. 452 de la 2ª ed. española, Madrid, 1979).

No será arbitrario considerar a la polémica historiográfica mencionada como la más importante de las anotadas en la centuria pasada y del quindicenio transcurrido de la presente. La expansión del comunismo y el capitalismo –dos caras, a las veces, de una misma moneda, a los ojos de los ojos y expectativas al menos de los partidarios del primero- determinara que el análisis acerca de la Transición se impusiera sin discusión sobre el de cualquier otro tema. Ambos procesos semejaban confirmar in totum el mesianismo marxista y se hacía de todo indispensable que sus teóricos refrendaran, a la luz de la historia, lo incontestable de su fórmula. El análisis se revelaría –y en la nación partera de la democracia y el capitalismo moderno- como el bautismo de fuego del método dialéctico en el escenario más iluminado de la cultura inglesa y el kairós de su auge, vehiculado por la lengua ya más universal del planeta. Simultáneamente al triunfo indisputable de la escuela de los *Annales*, el del contemporaneísmo representado de modo paradójico sólo a primera vista-el discurso de la Transición echaba los firmes cimientos de su absoluta hegemonía en el campo social e ideológico más abierto y transitado por la opinión pública y

las elites políticas y culturales. Pese a la oposición activa y pasiva de un país tan modelado por las tradiciones –y entre ellas, las intelectuales de Oxford y Cambridge- como Gran Bretaña, el debate implicó el inicio de la aceptación de las corrientes marxistas por el Establishment político-cultural.. Desde entonces y no obstante los poderosos brotes de renovación de la grisácea historiografía moderna y contemporánea de cuño académico, el ascenso entre las generaciones juveniles se hizo imparable, con inmediato eco no sólo en la Commonwealth, sino en todo el mundo medianamente desarrollado. A uno, pero sobre todo a otro lado del Canal, sus grandes estudios de la época moderna conocerían un indudable prestigio y ascendiente. Mas casi sin ninguna excepción –y, desde luego, España no podría incluirse en su hipotética existencia-, las tiradas masivas y las tribunas multitudinarias –Brasil, Italia, Grecia, Argentina, Portugal, Méjico, Alemania, Perú, Canadá, Estados Unidos- serían monopolizadas año tras año, antes y después de la caída del comunismo en su patria rusa, por los portaestandartes y portavoces de sus doctrinas e ilusiones...

En el excelente libro de Dobb descuello el completo silencio sobre los escritos keynesianos que delinearon los caminos de la socialdemocracia británica y usufructuador de una enorme popularidad entre los economistas y las elites políticas anglosajonas de la época. Es claro así que Dobb, como los historiadores marxistas ingleses de su generación, renegaba de las teorías del icono intelectual y político de la Gran Bretaña del momento, no sólo por el posible prejuicio ante un *Establishment* académico que, encerrado en banda, no franqueaba el paso a los estudiosos marxistas, sino primordialmente por la reluctancia hacia el inspirador de una socialdemocracia rechazada de plano por los doctrinarios comunistas al considerarla aliada del capitalismo y máxima obstaculizadora, por ende, de la implantación en la Europa de la posguerra de los regímenes de estricta ortodoxia marxista (2). Hasta el presente, tras tanta agua pasada por los

puentes de la historia, desde la óptica de la más irreductible inclinación por tales Estados, el último supérstite de la primitiva escuela de *Past and Present*, Eric Hobsbawm –con matices de gran sutileza- y varios de sus admiradores de profesionalidad más relevante, a la manera, v. gr., de Fontana, se mostrarían firmes en dicha posición (3).

La influencia y eco del prestigioso autor de *Estudios sobre el capitalismo* se asentaron definitivamente en la historiografía de la segunda mitad del siglo cuyas vicisitudes tan erróneamente vaticinara, con las concisas y enjundiosas páginas en que formulase, a principios de los sesenta –roto y deshecho ya el “Grupo de los historiadores comunistas”-, la *quaestio magna* del medievalismo a los ojos de los investigadores marxistas. Como primero de los apéndices de la obra de Dobb figuraba el intitulado “La transición del feudalismo al capitalismo”, en el que el propósito político que alentaba, en la posguerra mundial, en tal análisis y al que ya reiteradamente se ha hecho alusión aquí, quedaba explícitamente referido: “Las cuestiones de cuál fue la naturaleza y las fuerzas que originaron la caída del feudalismo como sistema económico, así como la relación existente entre dicha caída y el nacimiento del capitalismo, no carecen de interés, a mi modo de ver, para muchos países subdesarrollados de hoy. Sin embargo, es más bien en el contexto de la interpretación histórica, como voy a tratar de este tema aquí. Creo que para la interpretación histórica, es esencial una verdadera comprensión de esta transición crucial, al menos para aquellos que concedan primordial importancia a los modos de producción característicos, en la identificación de las etapas del proceso histórico.” (P. 465).

El tema despertó tal curiosidad en la atmósfera genesiaca de la época que en 1954 apareció en el Reino Unido el libro *La transición del feudalismo al capitalismo*, integrado por diversos trabajos debidos a Dobb,

Takahashi, Georges Lefebvre, P. M. Sweezy –fundador de la revista marxista estadounidense *Monthly Review* y autor de la primera réplica al libro de Dobb “A Critique”, publicada en *Science and Sociology*, en la primavera de 1950-, R. M. Hilton, C. Hill, aparecidos a partir de la citada fecha en diversas revistas y ahora recopilados. Su versión castellana, *La transición del feudalismo al capitalismo*, vio la luz en Madrid, en 1967, excelentemente traducida –el género no había comenzado aún su festinada degeneración ulterior- por Ramón Padilla. El prefacio de Dobb –firmado en febrero de 1954- no podía ser más atractivo para sus lectores españoles de los meses en que comenzaba la cuenta atrás del franquismo : “Espero que para los lectores que no compartan las ideas básicas de los participantes esta obra sirva de demostración de la eficacia renovadora del marxismo como método histórico y para refutar las acusaciones de dogmatismo –de dar soluciones estereotipadas a una serie de problemas hechos a medida – que tan vulgarmente se le hacen. Era inevitable que dada la condición de marxista de los participantes en el debate éste haya situado los problemas y las soluciones dentro de las ideas generales del materialismo histórico y haya utilizado éstas como marco de referencia para las soluciones que se ofrecen a determinados problemas.” (Pp.12-3). La obra circuló a la velocidad de la luz en el ámbito universitario; la consigna marxiana de transformar el mundo podría aplicarse en España a la vuelta de la esquina. Así como Dobb había tenido en mente un veintenio atrás la transición en la Europa oriental, ahora el mensaje entrañaba para los lectores hispanos un claro destino: ultimar el proyecto para una transición de la que muchos querían ser adelantados (4). Diez años más tarde, en 1976 las prensas londinenses –New LeftBooks- daban a la luz la segunda edición del libro de Dobb con nuevas contribuciones a la manera de las de G. Rocacci, J. Merrington y E. Hobsbawm, o la extensa introducción de su editor científico, el notable medievalista inglés y antiguo miembro del Grupo de

historiadores comunistas R. M. Hilton, en la que se sintetizaba el *status quaestionis*, sin alusión alguna a España, como en el resto de la obra, con excepción de la tesis doctoral de P. Vilar.

Sin ninguna referencia a la versión castellana de 1967, la segunda y renovada edición inglesa de *La transición del feudalismo al capitalismo*, se trasladó al español al año siguiente -1977- en Barcelona, defectuosamente traducido (Crítica, 278 pp.). En un solar como el de la Península Ibérica en que, desde antiguo, los más reputados miembros de su escuela historiográfica más relevante –la de la historia del Derecho- y la rectorada por la insigne figura de D. Ramón Menéndez Pidal negasen la existencia en ella del régimen feudal, el tema había suscitado ya la atención de los investigadores jóvenes de currículo más brillante. Estudiada detenidamente la cuestión por Marx y Engels como eje vertebrador de su visión de la historia, su recepción española entrañaba una carga de profundidad de inmenso potencial destructor en la imagen del pasado hispano más consolidada y difundida en sus esferas académicas y políticas. Aunque Ortega en su permanentemente excitada –y algo versátil...- *meditatio Hispaniae* se hubiese interrogado acerca de la índole de una reconquista que duró ocho siglos y atacara con vehemencia el temple del pueblo visigodo, sus incursiones por territorio medieval no rompieron el consenso acerca de la época troqueladora del carácter nacional, sobre cuya existencia, de otro lado, no se dejaba el menor resquicio a la duda, dentro de la tónica imperante todavía en todos los meridianos científicos europeos. Cuestionar la reconquista implicaba hacer saltar por los aires el papel forjador de Castilla como crisol de lo español y tierra siempre de hombres libres –extremo de completa coincidencia de progresistas y conservadores-, con lo que se ponía, además, en peligro el arduo equilibrio del nacionalismo español moderado, el vínculo doctrinal más fuerte entre la España “peregrina” y la liberal del interior. La implantación –aceptada- de

algunas formas de feudalismo en Cataluña, como reminiscencia de su pertenencia a la Marca Hispánica, completaba el cuadro más satisfactoriamente visualizado por la mayoría de las elites culturales y políticas del país, sin distinción aquí de posturas (5).

Cuando todavía los ecos de la gran controversia identitaria entre Sánchez Albornoz y Américo Castro –ambos visceralmente antimarxistas– distaban de haberse apagado, mediados de los sesenta, el donostiarra Abilio Barbero de Aguilera (1931-1990) –miembro de una encumbrada familia nobiliaria y casado con otra aristócrata y también destacada alto-medievalista, la sevillana M^a del Carmen Loring (1950-2006)– y el madrileño Marcelo Vigil Pascual (1930-87) emprendieron la tarea de analizar a través del materialismo histórico el periodo –sin límites rígidos– englobado entre los siglos IV y XI. Con excelente formación en lenguas clásicas y en Arqueología, punto de partida de su dedicación alto-medievalista, y sumamente estimados por sus maestros –prominentes figuras en sus materias y muy vinculados a la política cultural del régimen– revisaron con talante iconoclasta varios de los puntos esenciales sobre dicha etapa, sosteniendo con rotundidad la existencia del régimen feudal en la Península (6). Ejemplo de prosa de cartesiana claridad y rigor así como de trabajo de colaboración –es admirable o, más bien, casi increíble, la trabazón de ideas y argumentos e igualmente del estilo–, sus artículos iniciales –tres– se recopilaron en la muy leída colección “Ariel quincenal” en 1974–Sobre los orígenes sociales de la reconquista–, previamente, pues, a la publicación de la obra coordinada por R. Hilton antecitada. Al dar a la luz, años después, en la editorial Crítica la más importante de sus obras –*La formación del feudalismo en la Península Ibérica* (Barcelona, 1978), tampoco se mencionaba la acabada de referir, bien que sí la inicial de M. Dobb *Estudios sobre...* No existía, por tanto, deuda directa entre su obra y la editada por R. Hilton, aunque participara por entero de las tesis

prevalentes en ella y se colocase en la misma onda historiográfica. La contraportada de la obra de Barbero-Vigil, aparte de ser un minúsculo -e insuperable- compendio de su intención y contenido, era una auténtica declaración de guerra a la visión establecida de la Edad Media española: “Frente a las tradicionales interpretaciones extrahistóricas de la historia de España, presentes en la obra de autores como Sánchez-Albornoz o Castro, los profesores Abilio Barbero y Marcelo Vigil estudian aquí la historia peninsular en un periodo concreto, exponiendo las características de las transformaciones sociales en la diversas áreas de la Península. La formación del feudalismo en la Península Ibérica no fue algo anómalo ni diferente de otros procesos conocidos en la historia universal (...) Mientras otros historiadores han hecho de acontecimientos como la invasión visigoda, la musulmana y una supuesta “Reconquista” el eje de la historia peninsular, este libro trata de encontrar una explicación racional a esos fenómenos, desde una perspectiva radicalmente nueva, a través del análisis de las contradicciones sociales”. En el texto, los dardos no eran de menor calibre: “Ambas posturas (la albornociana y la castrista) surgen de postulados idénticos: descubrir la esencia trascendente de lo español y convertirla en algo inalterable, y llevan a las mismas consecuencias, esto es, separar la historia de España, como algo anómalo, de la historia universal. Para nosotros este es un problema artificial que en lugar de plantear los condicionantes reales de la historia de España, lo que hace convertirlos en una esencia, cuyo conocimiento queda más allá de toda investigación científica” (7).

Tampoco semejaba conocerla Sánchez Albornoz al replicar, con pasmosa celeridad y airado tono, al que consideraba un ataque despiadado e ignaro a su enfoque del feudalismo. Curtido en tales lides y hasta auténtico virtuoso en sus artes –practicadas desde la más temprana juventud...-, cabe considerar la hispida respuesta albornociana como los

destellos finales de un astro próximo ya a su ocaso. Sangrando por heridas incluso familiares y las no menos íntimas provocadas en su misma escuela bonaerense con la defección espectacular de algunas de sus discípulas más cercanas, D. Claudio arremeterá contra las tesis de Barbero y Vigil con lenguaje tronitante y estilo panfletario por entero desconocido en los inhibidos círculos de la medrosa oposición al método dialéctico (8). La calificación de comunista desterrada ya de dichas esferas venía a ser *el ritornello* del autor de tantas obras prodigiosas al hablar de sus contradictores y de la ideología al servicio de la cual pensaba el anciano historiador abulense colocaban sus trabajos. “Es deshonesto, científicamente deshonesto y caballerescamente deshonesto, ocultar lo esencial de mis demostradas teorías. Claro que a Vigil y Barbero importarán un bledo estas acusaciones. En la teorética histórica que profesan es lícita la desfiguración de la verdad si ella sirve a sus buscados fines políticos. Sé que esa teorética va ganando a los jóvenes estudiosos de la historia medieval hispana. Pero ello no empece para que la verdad sea la verdad y para que las afirmaciones que hago sean incontrovertibles. Jamás podrán ser destruidas por Vigil y Barbero honesta y científicamente (...) Pero no he tomado la pluma para defenderme de los ataques de Vigil y Barbero. Me ha movido a escribir estas páginas el daño que su teorética puede hacer a las nuevas futuras generaciones de medievalistas. Porque como Vigil y Barbero muchos tienen sobre el feudalismo y las instituciones sincrónicas ideas absolutamente erróneas, me he alzado más de una vez en los últimos meses contra la concepción que de las mismas propagan los adeptos a la nueva causa. No escribo, empero, estas páginas para ellos y su secta, es inútil enfrentarlos porque creen balbuceos reaccionarios las críticas a su concepción del feudalismo.

Me importa, sí, evitar en lo posible la proyección de sus arbitrarias teorías” (9).

Personalidad tan insigne no necesita que nadie rompa lanzas en su favor. Pero el lance referido al distar de encajonarse en la singularidad merece tal vez una breve glosa. Globalmente, la cúspide de la historiografía académica nacional admite en todo tiempo y, muchas veces con superioridad en el balance, el cotejo con las de los países extranjeros más desarrollados, como lo patentiza el mismo D. Claudio, pese a descalificaciones eutrapélicas con las últimas a cargo del gran ciudadano vasco y español. Operado el cambio de agujas del paso del modelo humanista al que con tanto vigor le reemplazara en el días del franquismo avanzado cuando la impugnación de todo lo conservador –en sí o en apariencia- se anotaba como mérito en los currículos de las generaciones juveniles, autores relevantes, de obra acreedora no sólo al aplauso sino a la gratitud gremial y social, fueron arrojados a las tinieblas exteriores, con método que aun no ha perdido vigencia ni muestra indicio de ello.

El inmediato y resonante eco tenido por la obra de Barbero y Vigilantecitada no fue del todo tan novedoso como en la distancia a veces se imagina. El Establishment académico medievalista transparentó ya su asombro y renitencia con la publicación del primer libro de ambos, caracterizado en algunas de sus páginas por su ruptura total acerca de los orígenes del tema mayor quizá de la identidad nacional: la Reconquista. En su obra *Sobre los orígenes sociales de la Reconquista* (Barcelona, 1974). En los tres estudios –primitivos artículos de revista- se espolvoreaban audaces propuestas y críticas sañudas a cerca del relato canónico del hecho vertebrador de la historia española, que debería enfocarse “prescindiendo de interpretaciones en general extra-históricas.” (P.8). La *magna quaestio* de la Transición que desasosegaba a los españoles de la época del tardofranquismo –como, globalmente, a un

mundo que todavía, al filo de los sesenta, creía factible en una gran parte de la opinión la expansión de la cosmovisión comunista- despertaba ya en los iconoclastas autores una inquietud intelectual volcada, en el inicio de su andadura científica, en el tránsito de la romanización al visigodismo toledano, penetrado, según su tesis, de prácticas feudalizantes. Pero aún más innovador –y provocador- que ello, era su planteamiento de analizar el surgimiento de los primeros reinos cristianos como desarrollo de unos caracteres propios de sus territorios, al margen de la romanización.

Como guante de desafío de una pareja juvenil al senado historiográfico español –franquistas y liberales del interior y exterior unidos- no podía ser, ciertamente, más arrojado e irrespetuoso. Aprovechando su desconcierto y comenzada a ser ya una gozosa la Transición democrática, A. Barbero y M. Vigil darían a las prensas un segundo y más controvertido libro, glosado más arriba. Más que nunca la historia semejaba ponerse al servicio de la política, bien que su instrumentalización estuviese muy lejos de la intención de tan destacados medievalistas. Hombres de su tiempo y concienciados de las exigencias de su oficio, albergaban la convicción de que en el pasado más remoto de su país una lectura contemporánea podía encontrar enseñanzas provechosas para sus tareas colectivas.

Con el fulminante éxito que acompañara en los medios universitarios la obra de Barbero Vigil que nos ha ocupado en el párrafo precedente, el método dialéctico, en su proyección española, abarcaba ya con *La quiebra de la monarquía absoluta* los dos extremos en que se quintaesenciaba la reformulación de su ayer desde los principios del materialismo histórico: el nacimiento de España y su entrada en la contemporaneidad. Tanto Fontana –catedrático de la Facultad de Económicas de Valencia y luego de la Autónoma barcelonesa de San Cugat- como sus colegas Barbero y Vigil tenían conciencia del

hecho, con mutuas y elogiosas citas entre ellos. En una y otra geografía histórica, el modelo cultural marxista, pasada ya la fase de su recepción generalizada, en imparable avance hacia la hegemonía absoluta, jugaría sus bazas decisivas. En tanto que –territorio privilegiado de la influencia de los *Annales*- la edad moderna – con la expansión ultramarina- quedó un tiempo sin roturar por su arado, la medieval y la más reciente recibieron un tratamiento intensivo que modificó sus contornos con visiones y propuestas a menudo de radical innovación. Ya en las mismas postrimerías de los sesenta nuevos docentes e investigadores de probada valía y compromiso ensancharon progresiva e incesablemente los cuadros de la *intelligentzia* marxista historiográfica. Conforme a un patrón arraigado en el mundo universitario, muchos de ellos fueron sobresalientes alumnos y discípulos de catedráticos de filiación liberal o ultramontana, que, por convicción o presión del ambiente, facilitaron su *cursushonorum* administrativo y académico.

Entre los ejemplos que en el campo del medievalismo podrían aducirse, pocos tal vez más salientes que los de José Luis Martín (1936-2004) y Julio ValdeónBaruque (1936-2009). El primero, último catedrático de la disciplina según el riguroso procedimiento habilitado por D. Fernando de los Ríos en los días en que desempeñará la cartera de Educación durante la primera fase de la II República, contó en la Universidad de Barcelona con el completo respaldo de un catedrático ágrafo y colaborador con gran ardimiento de la censura del ministerio de Arias Salgado en la Ciudad Condal. A su vez, el vallisoletano Julio Valdeón, número uno en la correspondiente oposición a cátedra de Instituto en 1964, sería también el primero de los profesores Agregados de Universidad de Historia Medieval, en la primavera de 1967, encarecidamente estimulado por su maestro Suárez Fernández en la fase más abierta y porosa de su colmada y abillantada trayectoria académica

(10). Por lo dilatado de su carrera profesional –bien que murieran antes del promedio de edad de la época-, la importancia de su profusa y variada obra – de muy intensa presencia mediática en diversos planos- y la huella indeleble –profesional y humanamente- dejada por la ejemplaridad de su magisterio en sus numerosos discípulos, ambos historiadores castellanos ocupan un sitio descollante en la recepción del materialismo dialéctico. Ninguno se alineó en su estricta ortodoxia, ni siquiera en su versión más abierta por su sensibilidad acusadamente humanística y reluctante a mecanicismos y determinismos, pero en la atmósfera intelectualmente tumultuosa de su docencia universitaria, por su empatía con algunas de las posiciones claves del materialismo histórico se les visualizó como proselitistas destacados de su credo. Su común creencia en los antagonismos de clase -recubiertos a las veces con motivos religiosos-, la aceptación de ciertas formas de feudalismo y de otros puntos de la teoría marxista hacen legítima dicha adscripción, siempre que no se olviden las reservas ya señaladas y, en el caso del autor de *Los conflictos sociales en el reino de Castilla en los siglos XIV y XV* (Madrid,1975), cabeza de lista del PC castellano como candidato independiente en las elecciones de junio de 1977, la andadura vital y científica de los últimos años de su biografía.

(*) Adelanto de un libro próximo a publicar: “La recepción del pensamiento marxista en la España del s. XX.”

NOTAS

1) “El reciente fallecimiento de Maurice Dobb ha dado lugar a que se glosara su contribución a la teoría económica. Más desapercibida ha pasado (...) su aportación renovadora a la ciencia histórica, centrada en la discusión de un problema teórico cuya importancia desborda el campo estricto de los intereses del historiador: el de la transición del feudalismo al

capitalismo (...) El libro (*Estudios sobre el desarrollo del capitalismo*) recibió escasa atención por parte de los historiadores académicos –a quienes todo lo que suene a teoría de los fenómenos sociales les huele a cuerno quemado-, pero suscitó una vivísima discusión por parte de un sector de los economistas, al que se sumaron, y se han seguido sumando hasta hoy, historiadores marxistas de diversos países (...) Los planteamientos teóricos de Dobb significaron un importante estímulo para algunos historiadores, que iniciaron nuevas investigaciones sobre problemas sugeridos por su libro(...) A poco más de treinta años de la publicación del libro de Dobb, y como consecuencia del estímulo que prestó a la discusión teórica, nos encontramos con elementos nuevos para replantear el problema, examinando la economía con modelos más complejos, no lineales (...) sabremos advertir que todos cuantos nos dedicamos a las ciencias sociales, sea cual fuere nuestro campo, no somos otra cosa que peones de una tarea colectiva: la de ayudar a los hombres a que entiendan la sociedad en que viven, para que aprendan a mejorarla. Los Estudios sobre el desarrollo del capitalismo de Dobb son una lección que conviene aprender. Ni los economistas ni los historiadores académicos de su tiempo supieron apreciarlo. Pero mientras la mayor parte de las obras de erudición que se publicaron en 1946 yacen olvidadas en los estantes de las bibliotecas universitarias, cumplida su función de proporcionarnos algunos datos nuevos o un refinamiento analítico de escasa trascendencia, los Estudios han servido de estímulo para un debate teórico amplio y fecundo”. Fontana, J., “Maurice Dobb y el problema de la transición del feudalismo al capitalismo”. *Investigaciones Económicas*, 4 (1977), pp. 5, 7 y 13-4. En el mismo surco de Fontana, un joven y muy prometedor licenciado alicantino, Jesús Millán, ensalzaba la obra de Dobb a raíz casi de su muerte: “Justament de la fecunditat d’aquesta classe de reflexions per a rebassar el marc d’una història anèmica y positivista n’és un bon exemple l’obra de M Dobb –qui no era específicament un historiador– destinada al debat ja des del seu inici. La influència de l’obra històrica fonamental de l’economista britànic fou capaç de suscitar un debat que s’ha perllongat fins avui i en que s’han implicat una multiplicitat d’aspectes concrets relatius a la transició del feudalisme al capitalisme.” “Novament la Transició: L’estructura agrària de classes i el desenvolupament econòmic del món occidental”. *Estudis d’Història contemporània del País Valencià*, 1 (1979), p. 469. Pocos años más tarde, en el mismo marco del renovado contemporaneísmo valenciano, veía la luz un libro ya citado en el que se aludía a la repercusión historiográfica de Dobb de esta manera: “Dobb fue,

verdaderamente, un gran intérprete del marxismo clásico, tan importante como muchas figuras más debatidas de la tradición europea”, Johnson, R., “Edward Thompson, Eugene Genovese y la historia socialista humanista”, en Aracil, R. y García Bonafé, M., *Hacia una historia socialista*. Barcelona, 1983, p. 55.

2) Entre los más insignes estudiosos figura, como se sabe, E. Hobsbawm y su admirador J. Fontana Lázaro. “¿Se ha arrepentido alguna vez de su militancia? Ha pensado alguna vez que ese compromiso haya podido condicionar su libertad intelectual ? (...) Normalmente, un estudioso católico sentirá menos entusiasmo para analizar la Inquisición que un ateo o un protestante. Del mismo modo que los estudiosos críticos del comunismo tuvieron mucho menos empacho a la hora de analizar fenómenos como el gulag. Un historiador comunista habría preferido evitarlo (...) he evitado ocuparme directamente de ella (la URSS), porque sabía que, de haberlo hecho, hubiera tenido que escribir cosas difíciles para un comunista como yo sin que afectara a mi militancia o sin herir la sensibilidad de mis compañeros (...) Lo máximo que se puede decir de nosotros es que, en algunos momentos, supimos o intuimos cosas que nos llamamos”. *Entrevista sobre el siglo XXI al cuidado de A. Polito*. Barcelona, 2000, pp. 213 y 217. De su lado, Fontana, el camarada Rosell de los tiempos heroicos, no ha expresado nunca directamente su dilatada trayectoria al PSUC, aunque abundan los testimonios indirectos.

3) La conclusión de un agudo artículo del sociólogo norteamericano Immanuel Wallerstein pone en guardia sobre el peligro de dar al “amorfo” término de transición un sentido coyuntural o demasiado limitado. “Una de las razones por las que estamos interesados en analizar la “transición del feudalismo al capitalismo” es entender el funcionamiento de estas transformaciones singulares relativamente raras. Con esto a la vista es importante subrayar que no son las sociedades nacionales o construcciones similares las que soportan estas transiciones. Son los sistemas mundiales. Repito que, ciertamente, una transformación de esta magnitud no puede ser situada en un día, un mes o un año. Es una “transición”, lo que significa que la transformación se compone de una multitud de cambios parciales, principales y secundarios...” “Del feudalismo al capitalismo: ¿transición o transiciones?”. *Zona Abierta*, 14-5 (1978), p.157.

4) *Vid.* Cuenca Toribio, J. M., *Nacionalismo, franquismo y nacionalcatolicismo*. Madrid, 2009

5) “(...) en este libro no hacemos distinciones entre feudal y señorial, ni ponemos el énfasis de lo feudal en el carácter militar que tienen las prestaciones entre los miembros de las clases dominantes. Lo que pretendemos en este trabajo es exponer de forma coherente la formación de las relaciones de dependencia feudales a todos los niveles, desde el económico hasta el político, la correspondencia que existe entre ellas y los sistemas de tipo extraeconómico que son utilizados para mantener las relaciones de poder económico y de poder político (...) creemos que se puede hablar de feudalismo en la Península Ibérica desde fines del Imperio Romano hasta el siglo XIX.” Pp. 14-5.

6) P. 18.

7) “Pueden los marxistas seguir llamando feudalismo a las muy varias y diversas relaciones de dependencia —vasallática, señorial y dominical— que existieron en León y Castilla a lo largo de muy largos siglos. Algunas de ellas las señoriales y las dominicales han llegado, aquéllas hasta ayer, las últimas hasta hoy. Los viejos habríamos vivido en España y aun en el mundo en pleno feudalismo. ¿Cabe mayor disparate? (...) El gremio a que me vengo refiriendo seguirá erre que erre en sus posiciones apriorísticas y seguirán llamando feudalismo a lo que no lo fue. No comprendo, empero, qué puede añadir ni quitar a la doctrina marxista la histórica distinción entre instituciones esencialmente diversas. ¿No sería posible moverles a que siguiendo fieles a su doctrina socialista abrieran los ojos a la realidad de la historia? Juzgo mi deber de conciencia invitarles a rectificar, al salir al paso de sus errores históricos (...) Pero no he tomado la pluma para defenderme de los ataques de Vigil y Barbero. Me ha movido a escribir estas páginas el daño que su teórica puede hacer a las nuevas futuras generaciones de medievalistas. Porque como Vigil y Barbero muchos tienen sobre el feudalismo y las instituciones sincrónicas ideas absolutamente erróneas, me he alzado más de una vez en los últimos meses contra la concepción que de las mismas propagan los adeptos a la nueva causa. No escribo, empero, estas páginas para ellos y su secta, es inútil enfrentarlos porque creen balbuceos reaccionarios las críticas a su concepción del feudalismo. Me importa, sí, evitar en lo posible la proyección de sus arbitrarias teorías.”. *Ibid.* pp. 327-28.

8) *Estudios polémicos*. Madrid, 1979, pp. 323-24.

9) Las limitantes de sus extensas incursiones por la contemporaneidad española en Cuenca Toribio, J. M., *Intelectuales y políticos contemporáneos. Sevilla, 4ª ed, 2006*. Un juicio más ácido, pero acribioso en la reciente obra de Viñas, A.,

10) “(...) y respecto a la Real Academia de la Historia, quien conozca algo de la misma sabe que en ella convivimos en buena armonía personas de muy varia ideología, hasta el extremo de que un conocido medievalista –ya fallecido- entró en la misma pese a su reconocida filiación comunista...”. Fanjul, S., “Cerriles y sectarios”. *ABC*, 28-11-2013.